

La vida religiosa en la futura Europa

El día 22 de Noviembre de 1945, explanó una conferencia, bajo este tema, en nuestra Real Academia, el Rvdo. P. Raimundo Suárez, miembro Correspondiente de la Corporación, de cuya conferencia damos el guión del propio autor.

Es costumbre en las obras dar una reseña de las fuentes, motivo de inspiración, autores, etc. Puesto que esto es una charla me ha parecido mejor enunciarlo al principio.

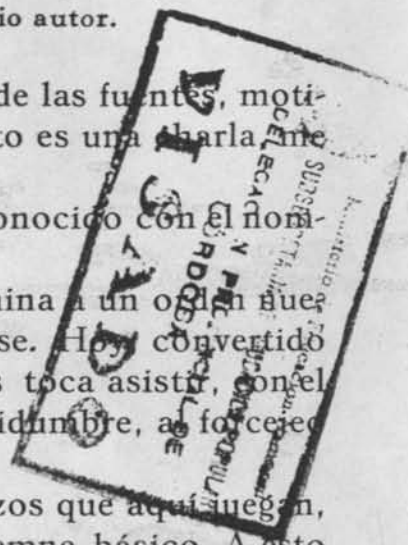
En 1935 se celebró en Milán un Congreso conocido con el nombre de «Convegno Volta».

Entonces se dió la consigna: «Europa camina a un orden nuevo». Desde entonces no ha cesado de repetirse. Hoy convertido en hecho lo que entonces fué previsión, nos toca asistir, con el corazón angustiado y la mente llena de incertidumbre, a forcejeos en que se trata de establecer el nuevo orden.

De entre los factores inconstantes y huidizos que aquí suegan, es posible seleccionar algunos de valor perenne básico. A esto hemos atendido, procurando colocar el tema a la altura que no desmerezca del sitio, de la calidad del auditorio y de la responsabilidad de quien tiene la osadía de tomar la palabra ante cultos Académicos.

Pues, señores, el orden nuevo forzosa e ineludiblemente ha de resolver dos problemas: 1.º, el de la existencia en Europa; 2.º, el de la convivencia. El de la existencia es ya un problema grave. Un cuarto de la humanidad reunido en un trece avo de la superficie de las tierras emergidas. Espantosa densidad de población. Parece natural que un cuarto de la humanidad ocupase un cuarto de la superficie de la tierra, contando incluso las tierras inhabitables. Pero solo un trece avo, y sin recursos. ...Es el problema del día que a nosotros también alcanza. Véase la nota del último Consejo de Ministros.

Pues mucho más grave que el de la existencia es el problema *convivencia*, y es debido al hecho de que todos los pueblos de Europa tienen *historia y destino* propios.



Los pueblos de Europa están *terriblemente diferenciados*, desde muchos siglos, por un proceso de *desenvolvimiento autónomo*, en lo lingüístico, en lo cultural, en lo positivo y en lo religioso. De aquí la lucha todos los días renovada entre *poblaciones mixtas*, el terrible e inacabable pleito de las poblaciones mixtas, que prefieren ser destruidas a someterse unas a otras. problema hoy terriblemente agravado por la política rusa de dominio, y lo que es más grave, despersonalización de las minorías étnicas sojuzgadas.

El nuevo orden, que todavía nadie sabe como va a ser, debería tomar por base para resolver esta primera faceta, de momento la más aguda del problema, las siguientes normas: a) la concurrencia económica debe ser sustituida por una economía asociada; b) el nacionalismo rígido y hostil, por esquemas políticos respetuosos con las otras nacionalidades; c) las negociaciones entre Estados, siempre hóstiles y opresores por parte del más fuerte, por relaciones compenetradas.

Pero no es este el aspecto de la cuestión en que yo espero apoyarme para explanar mi tesis, sino este otro. Se habla de unidad cultural en Europa. En algún sentido y en líneas generales, sin duda existe. Hay indudablemente en líneas generales, dentro de una gran variedad, cierta unidad institucional, jurídica, literaria, artística, moral, y muy en general, religiosa. Pero la cultura, particularmente en el último siglo, se ha acrecentado por una multitud de *procesos diferenciadores*, y no puede dar unidad a pueblos que tienden a enriquecerse y potenciarse culturalmente, *diferenciándose*. La diferenciación es la tragedia de los pueblos europeos desde hace varios siglos. Y sin embargo el destino de Europa depende esencialmente, de una síntesis superior, *concordia discors*, que respete el ser de cada uno y cree la unidad superior.

Cual puede ser el núcleo o centro gravitatorio capaz de crear esa unidad superior?

Indudablemente, entre los múltiples campos de actividad espiritual de los pueblos europeos, la vida religiosa ha sido la actividad espiritual *más eminente*, por la profundidad de los pensamientos doctrinales y el vértice de santidad y virtud alcanzados. Todo el resto de las actividades en el mundo entero no tiene nada comparable con la historia del pensamiento religioso y la vida religiosa de Europa.

Puesto que es esta una verdad evidente y por todos reconoci-

da, hay que tomar en cuenta, que las vicisitudes del cristianismo en Europa han conducido a los espíritus europeos, desde una máxima cohesión, cuando Europa y cristianismo eran sinónimos, a una multitud de cismas, secesiones y desintegraciones. Y ésto no obstante, nadie puede negar, que pese a las disociaciones producidas, las creaciones institucionales, morales y hasta jurídicas de la civilización europea, desde hace mil años, (las jurídicas también para el derecho romano en las codificaciones de Teodosio y Justiniano), se han realizado bajo la guía espiritual cristiana. Y lo poco o mucho que de la idea cristiana se ha filtrado en la vida histórica, ha sido lo único que ha dado base y eje resistente hasta a las más sútiles tramas de las relaciones entre los hombres, de tal suerte que las más trabajosas *conquistas morales* de nuestra civilización, se desplomarían si faltase aquel eje. Pruebas evidentes son Rusia, Hungría, España, donde apenas roto el vínculo moral y jurídico cristiano, explotaron las más monstruosas manifestaciones de la disociación humana.

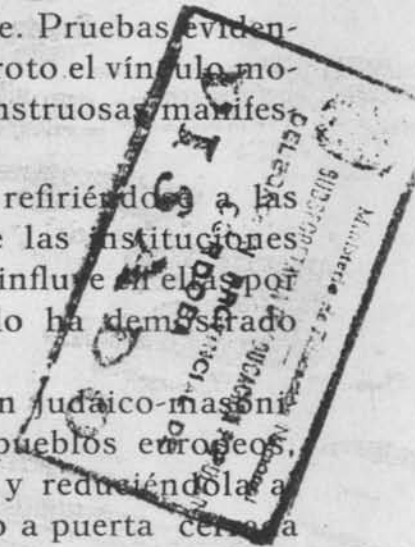
Sucede esto por que la cuestión religiosa, refiriéndose a las conciencias, abarca por entero todo el orden de las instituciones y relaciones de la vida asociada de las gentes, e influye en ella por exigencia de su propio funcionalismo, como lo ha demostrado siempre la historia.

Hubo un esfuerzo de marca francesa y origen judaico-masónico para desarticular la vida religiosa de los pueblos europeos, dando a esta vida religiosa un caracter privado y reduciéndola a fuero interno de las conciencias singulares, algo a puerta cerrada de la casa o de la Iglesia, bajo la tutela de un abstracto e ineficaz principio de tolerancia.

Pero los alegres constructores de esta teoría no cayeron en la cuenta de que era una teoría artificiosa y por tanto irreal, por que no toma en cuenta los hechos. Por que es *un hecho* que la vida religiosa de los pueblos tiene un caracter *eminentemente social*, y una portada *exquisitamente política*, que no puede dejar de interesar a las colectividades étnicas y nacionales, y por lo mismo a los Estados en la suprema función de gobierno de la vida asociada en todos sus valores, desde los biológicos a los espirituales.

Prueba, Rusia, en el Santo sinodo de los pueblos cismáticos de los Balcanes.

La razón de esto es muy sencilla. La idea religiosa, en su relación *afirmativa* con el *absoluto trascendente*, o afirmación del



Dios eterno y todopoderoso, abraza la *totalidad del ser* personal y extrapersonal, y por tanto la totalidad de lo real; o sea, la naturaleza, la historia, la escatología o fin del universo y de la humanidad, el destino empírico y metaempírico de los individuos y la evolución histórica de las sociedades y estados. Dista pues mucho de ser indiferente, incluso en el orden concreto y práctico de la vida, que la idea religiosa sea esta o la otra, o que no se tenga ninguna, como ocurre en la trivial concepción francesa, de carácter laíco y aconfesional, del estado de los «sin Dios», negadores, no solo de la ética cristiana, sino de cualquier ética religiosa.

Vista la cuestión así, en el momento actual asaltan graves temores al calcular el oscuro porvenir de Europa en el orden religioso y al tratar de determinar los factores primordiales que deben ponerse en juego para establecer lo futuro. Es natural que el *nuevo orden* trate primeramente de resolver el angustioso problema del vivir. «Primum vivere». Pero puesto que no solo de pan vive el hombre, les era preciso abordar el problema de la *convivencia*, y esto en el fondo no es más que plantear el problema de la vida religiosa de los pueblos europeos.

Cómo resolverlo? Lo primero que se presenta a la mente es que se basara en el principio de una *amplia tolerancia*; una especie de laicismo y aconfesionalidad absolutas.

Ya esto sería un gran paso si el principio fuese objetiva e imparcialmente aplicado, dejando libre juego a las fuerzas espirituales para confrontarse y aplicarse.

Pero en el estado actual de las cosas, y vistas a su realidad las corrientes filosóficas, científicas, éticas y morales, que predominan en las clases *de hecho directoras*, (subrayando lo de clases directoras de hecho), es muy de temer que las corrientes arreligiosas o irreligiosas, acristianas o anticristianas, se muevan a la conquista de los poderes públicos, para orientar a su modo las actividades de la pequeña política, que es la que prácticamente pesa más que toda teoría.

No se puede pues excluir la idea de que, mientras el esquema jurídico constitucional abstracto, se inspire en una teoría de neutralidad, en un indiferentismo de los poderes públicos en materia religiosa, en la práctica quede sometido a corrientes más efectivas de irreligiosidad y anticristianismo. Y esto sucederá siempre que las corrientes anticristiano tropiecen con una masa ciudadana suficientemente coherente para hacerlas rebotar. Este temor se ha

manifestado ya en altas esferas católicas. Yo no sé si en busca de un alivio me he preguntado muchas veces: este temor es aplicable a España? Posee España una unidad religiosa suficientemente compacta para oponer resistencia eficaz y decisiva a las manio-
bras que dan origen al temor?

Es posible que en concepto de muchos pudiera contestarse con un discreto sí.

Me sumo a ellos después de haber visto nuestra guerra de liberación. Sin embargo consideramos que aquellos sucesos están demasiado próximos. Que aún no es posible discriminar las fuerzas cuyo concurso hizo posible la victoria, aunque sí creo que si bien no todas aquellas fuerzas hayan sido religiosas, directamente religiosas, sí han sido inspiradas, consciente e inconscientemente, por la idea religiosa, en el sentido un poco genérico que hemos hablado al definir la unidad cultural europea, o sea, en cuanto esta es eje y fundamento de instituciones jurídicas, morales y sociales de la civilización europea.

Un hecho sin embargo debemos anotar y éste de la mayor importancia. Que los representantes de las ideas antirreligiosas en España son todos antirreligiosos en serio y de verdad. Puede decirse lo mismo de todos o la mayoría de los otros? La negativa parece indudable, y el diletantismo puede dar muy varias y con frecuencia muy pintorescas razones.

Pero en realidad aquí lo que se plantea es un problema de todo. Hubo una época en que Europa formaba una *unidad cultural y religiosa*. Un estudiante... Empezaron los cismas. Europa se escindió; perdió su cohesión interna. Con ella perdió el poder de directora del mundo. Hoy es un mosaico de cantones hostiles que luchan por el predominio. Su última forma ha sido el nacionalismo exasperado, que en vano hombres clarividentes han tratado de superar creando una vida de relación y convivencia que conservase a cada uno su propia personalidad.

Qué es lo que había sucedido para que Europa perdiese su rango y atributos?

Pues sucedió que al escindirse la unidad religiosa, cuando a los hombres les faltó como base del alto pensar el cimiento del ser trascendente, no cabían más que dos posturas. O prescindir de El, como si no existiese, o combatirlo directamente, hasta demostrar, si ello fuese posible, la vacuidad de su concepto.

En el primer sentido se inclinó la mentalidad francesa, y la de

los pueblos, entre ellos España, que han venido girando en su órbita intelectual.—En el segundo, la mentalidad sajona.

La primera, la francesa, es una postura cómoda. No exige pensar ni preguntarse el por qué de las cosas. Es suficiente ignorarlas y dejarse mecer en el va y ven de la vida procurando adoptar la postura más cómoda o más útil. «Que las olas me traigan y las olas me lleven y que nunca me obliguen mi camino a elegir», que había cantado el poeta griego.—En materia religiosa es la neutralidad, el laicismo con todas sus consecuencias, hábilmente aprovechado por el comercio judaico-masónico, para convertirlo en religión. Es la enciclopedia, el volterianismo, (esto como etapas), y por fin el indiferentismo, la no creencia.

Este es el hecho y como todos los hechos debe tener su explicación. Cuál?... En mi concepto es el modo de ser de la mentalidad meridional en contraposición a la sajona, basada en la vocación para discurrir integralmente.—Es que el meridional es incapaz de discurso, incapaz de lógica? Nada más lejos de la verdad. La diferencia entre la lógica meridional y la teutónica, consiste en que el alemán, por ejemplo, es conceptualista, pero además es *consecuente*, y vive *prácticamente* con la coherencia lógica de los principios que adopta. Creen en los principios y creen en los razonamientos. En cambio los meridionales, españoles por ejemplo, también razonan al hilo de la lógica, pero en la práctica pueden decidirse por todo lo contrario si creen que fuera del razonamiento o más allá del razonamiento quedan factores imponderables pero de inmediata utilidad. Por tanto, siguen por intuición, más que la lógica de los conceptos, la lógica de los valores. El alemán en cambio razona por conceptos y obra en consecuencia.

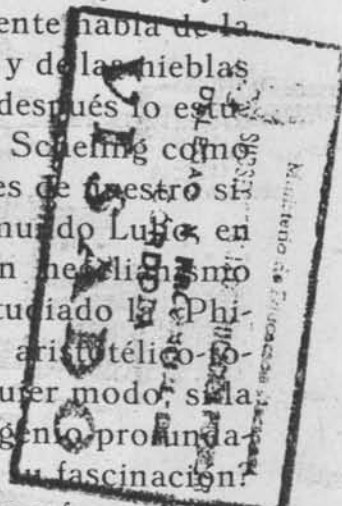
Esta pudiera ser una base para el estudio psicológico de lo que se ha dado en llamar lo meridional. El meridional es vivo, cuco, rápido en sus concepciones como buen intuicionista, pero incapaz de hacer un sacrificio prolongado en servicio de una idea. Más sensible que razonador. Lo sentimental le estremece. Lo mismo la belleza. En arte le atrae lo blando y policromo; en música la melodía, en escultura el barroco. Tiende a la ignorancia y no se duele de ella. Es providencialista o fatalista; de cualquier modo, imprevisor e impulsivo.

Pero es que el norteño, víctima de la lógica de los conceptos, se cierra el camino para privarse de las verdades que solo proporciona la intuición y la lógica de los valores? — *nunca*, y para ello

estudia y analiza las cosas hasta las últimas consecuencias. Nadie ha estudiado el cristianismo, sea para amarlo o sea para desecharlo, como el pueblo alemán. Por eso el católico, el protestante, el deísta y el ateo, lo son rotunda y definitivamente en serio. Aquí podemos serlo todo y en definitiva no ser nada.

Pero precisamente porque son un pueblo culto y estudian las cosas desesperadamente, sus manifestaciones espirituales interesan por sí mismas, tienen una enorme fuerza sugestiva y por ello expansiva. Este es el secreto de la admiración que producen a quien se les acerca. A la terrible intensidad de su pensamiento se debe la fascinación que ejercen en los pensadores. Recordemos a este propósito el caso típico de nuestro gran Menéndez y Pelayo, el que en su juventud de polemista fogoso y creyente había de la «metafísica vana y nebulosa de allende el Rhin», y de las nieblas hiperbóreas, y tenía a gala no saber alemán, pero después lo estudió con tanto aprovechamiento que llegó a ver a Schelling como filósofo lleno de luz, y llamó a Hegel «Aristóteles de nuestro siglo», y en discurso en conmemoración de Raimundo Lulio, en Mallorca, llegó a sugerir la conveniencia de «un neoplatonismo cristiano». Lástima que aquél genio no hubiese estudiado la «Philosophia Perennis» y su resolución en el sistema aristotélico-tomista, que no conoció a fondo... Pero de cualquier modo, si la filosofía alemana fué capaz de suggestionar aquél genio profundamente creyente, cuántos serán los que se libren de su fascinación. De aquí que la única filosofía operante en Europa y fuera de Europa en el último siglo fuese la alemana. Que el proceso de la filosofía alemana sea un proceso de desintegración considerada en el orden religioso; que continúa viva, consciente o inconscientemente en la mayoría de las mentalidades y por ello constituye el mayor peligro y el mayor obstáculo para el mínimum de unidad que requiere el porvenir religioso de Europa.

El proceso separatista.—El pensamiento español nunca fué *separatista* de la unidad medioeval. *Separarse*, no es solo apartarse; ese es el elemento negativo. Es esencialmente *replegarse* sobre sí mismo; acentuar su yo, que por lo mismo pierde el poder de comunicarse con otro.—Y precisamente el pecado de los españoles fué abandonar su yo después de nuestro siglo de oro. El renacimiento español fué una afirmación del yo hispano; lo mismo la contrarreforma.—Aquél yo se había hecho en la reconquista y dió sus frutos en el siglo XVI y parte del XVII.—Cuando se perdió



vino el marasmo. Nada se creó para sustituirlo. Nada en el orden de las actividades del espíritu que por el espíritu había muerto. Nada en el orden material por que no había espíritu. Consecuencia: ignorancia y atraso.

Entonces, puesto que lo nuestro había muerto, se miró angustiosamente hacia fuera. Era el siglo del poderío de Francia. Se copió servilmente lo francés y de copias hemos vivido desde entonces, y lo copiado fué, superficialidad, volterianismo, naturalismo y laicismo, sin haber conseguido copiar lo que fundamentalmente se buscaba que era el *sprit* francés.

Muy otro es el separatismo alemán contra la unidad de Europa. El genio alemán es separatista, secesionista por constitución. Aun en el caso en que toma cosas del exterior, y ha tomado muchísimas, las asimila, las transforma en su modo de ser, las hace alemanas y luego las *contrapone*, cosa que jamás hace, por ejemplo el español, que puesto a copiar *imita servilmente*.

Ved esto en las manifestaciones históricas del pueblo alemán. Al catolicismo opuso la reforma, como todos los pueblos sajones;—al iluminismo europeo, el iluminismo alemán;—al clasicismo, el romanticismo;—al derecho secular de las Pandectas, el puro derecho germánico;—al módulo universal de la idea nacional, el racismo—al socialismo de la internacional el socialismo alemán. Cualquier idea universal aceptada en Alemania se transforma pronto o tarde en idea característicamente germana.

En religión el primer brote separatista fué el protestantismo. Pero no se detuvo ahí. El protestantismo de la Teología, pasó inmediatamente a la Filosofía; de esta a la literatura, al arte, a la poesía, a las costumbres y por último a la vida.

El fondo y razón, última de estas transformaciones, es una exigencia de la mentalidad germana. Esta en el fondo es racionalista, y de un subjetivismo tan profundo que la hace chocar contra toda autoridad objetiva y universal, v. g. el dogma católico.

Por ésto, al pasar la reforma al terreno de la filosofía y a las consecuencias de la filosofía, v. g. la jurisprudencia, la reforma tenía que hacerse totalitaria. Así en el plano histórico es la aversión al espíritu judaico-oriental del Antiguo y del Nuevo Testamento como una contaminación del genio nativo de las estirpes nórdicas. En lo metafísico tenía que aspirar a una demolición de todo trascendentalismo, en una búsqueda del inmanentismo absoluto y una prosecución de la plena naturalidad de la vida y de la

conciencia del mundo mismo en la autoconciencia del hombre racional.

En esta explicación histórico-dialéctica, el cristianismo resulta justificado ciertamente, y esto solo es lo que vieron y ven todavía los que estudian a Hegel superficialmente, sin advertir que si resulta justificado en una determinada etapa de la humanidad, queda también relativizado y en último caso absorbido, superado y eliminado en un lapso de tiempo más o menos largo.—Trasladad estas ideas a la literatura y a la propaganda y encontrareis la verdadera razón de esa inmensa literatura al parecer respetuosa con la religión que acusa al catolicismo de anquilosado, fosilizado en sus dogmas y en su moral, y por tanto inadaptado e inadaptable al progreso moderno. No obstante lo cual la derecha Hegeliana podía conservar los conceptos de Dios, de Cristo y de la inmortalidad del alma.

Pero pronto los discípulos de Hegel le reprocharon que se había parado en la mitad de la negación. Ellos la continuarían.—David Strauss ahonda el concepto hegeliano de trasladar la forma representativa de Dios a la forma conceptualizada de la filosofía.—En virtud de ella concede al cristianismo la capacidad de *crear mitos*. Qué copiosa literatura pseudoreligiosa no ha corrido y corre amparada con la etiqueta de mito cristi o mitos cristianos.—En consecuencia reduce el credo cristiano a la proposición de que el Hombre-Dios, Cristo, no es más que la humanidad, puesto que todo ser y todas las posibilidades del ser se asoman y culminan en el hombre. El hombre es, pues, síntesis de lo finito y de lo infinito, y representación adecuada del Todo o Universo que ha de reemplazar a Dios. Estamos pues ya en la etapa del Dios naturaleza, que tantos adeptos ha tenido y tiene, sobre todo entre gentes de mentalidad con pocos horizontes.

Pero lógicamente la marea no puede parar aquí. Ludwig Feuerbach trasfiere la filosofía hegeliana al más puro naturalismo. La Teología en sus manos se hace antropología. No se destruye aún la esencia del cristianismo como religión, pero queda totalmente naturalizada y humanizada. Lo que hay de esencial en el cristianismo en cuanto corresponde a la esencia natural del hombre se salva en una antropología religiosa, que sin duda niega el milagro y la creencia en la inmortalidad, pero en cambio rige en dogma la muerte total, y al afirmar la muerte total de la vida terrena dá a esta vida un máximum de contenido y de valor.

Por tanto, enseña, la esencia de la religión es la misma esencia humana.—Dios no es más que la autoconciencia del hombre que da un amplio giro para hallarse a sí mismo. La concepción histórica del cristianismo está en oposición con la realidad del mundo. El hombre ha sustituido al cristiano; el trabajo a la oración. Cuántas propagandas conscientes e inconscientes habéis escuchado con este tema...

Pues para Stirner, Feuerbach era todavía un hombre pío, y para Bruno Bauer, Strauss era un reaccionario ortodoxo.—Bauer quiere ser un hegeliano verdadero, un Hegel rectamente interpretado. Hegel no conocía sino el espíritu universal del mundo que se hace autoconciencia en el hombre. Y si colocaba la autoconciencia en lugar de Dios, era porque sabía, aunque no lo dijese, que la autoconciencia es la única fuerza creadora del mundo y es absolutamente atea.

A partir de este principio emprende la interpretación histórica del cristianismo. Este procede de la decadencia de la libertad política en el imperio romano. Con cuanta insistencia me acosan al llegar aquí discursos y libros de aquel inmenso orador nuestro, Castelar, con amplias y fastuosas variaciones sobre este tema, hechas tal vez de oídas y sin haber leído nunca a Bauer—puesto que el cristianismo nació de la decadencia de la libertad política, continúa Bauer, elevó la infelicidad del mundo, de un mundo en disolución, a la categoría de esencia del hombre e hizo del sufrimiento la ley de la vida. Por ello proclama la inhumanidad de la ética cristiana. La moral cristiana es inhumana, y en seguida la soflama que ha servido de tema para las invectivas de tantos furibundos demagogos anticristianos. Puesto que el hombre es libre, es el único legislador de sí mismo, y debe afirmar su propia libertad, incluso frente a la muerte si tiene a bien suicidarse. La maldición del hombre es automaldición. Dios no es más que el hombre hecho extraño a sí mismo. Es necesario librar al espíritu y ésto solo se consigue destruyendo toda religión. Nos sabemos de memoria los motivos de nuestros adversarios, y además sus fuentes, cosas que ellos con frecuencia ignoran.

Y llegamos a Marx. Este, después de definir el concepto de masa, en el que se separa de Bauer, (Bauer no veía en la masa más que una subjetividad antropológica con pretensión de significado absoluto identificable con el sujeto total y absoluto de Hegel), Marx niega la antítesis entre autoconciencia y masa y ve en la

masa al hombre concreto en la continua comunicación entre el tú y el yo.

Con esta base pasa a interpretar la historia de la religión. Bauer se había parado en el momento político de la disolución del mundo antiguo. Marx interpreta, no ya al cristianismo, sino toda religión, como un mundo con la cabeza vuelta, un desdoblamiento del mundo que mira acá y allá, entre la efectiva y real miseria, y una ilusoria beatitud ultraterrena, ilusión que no podrá ser superada hasta que el hombre no aprenda a gravitar sobre sí mismo y a moverse con su voluntad de felicidad en torno de los bienes propios de esta vida.

Por tanto, Marx encuentra que todo el proceso religioso se funda en el factor económico que es su determinante, y al mismo tiempo la base sobre que edifica la conciencia moral y religiosa, y si la conciencia moral y religiosa no tiene más base que la económica, es evidente que con el fenómeno religioso se dá una justificación filosófica a favor de los intereses de la clase dominante y para la opresión de los sometidos.

Con esta interpretación materialista de la historia y de la conciencia religiosa, denuncia la monstruosa alianza de la religión de la humildad y de la resignación con la explotación del proletariado.

Así mismo, y es su principal labor teórica, asigna al ateísmo un sentido positivo y un objetivo concreto; el de la liberación práctica de las masas.

Esta es la metafísica religiosa del bolcheviquismo, derivación directa del hegelianismo. Pero tampoco se queda aquí, por que Stirner no encuentra bastantes radicales ni a Feuerbach, ni a Bauer, ni a Marx, a quien llama «el santo Marx». Si Feuerbach proclamó que el hombre es el ser supremo para el hombre; si Bauer descubre el hombre al hombre; si Marx trabaja por la masa; Stirner califica de supersticioso el concepto general de hombre y no conoce más que el yo, lo singular, el único y su propia posesión. Pero no un yo abstracto ni tampoco un yo absoluto, sino el yo individual, solo consigo mismo. Este yo no debe servir a ningún ser superior a él, —a ningún Dios—, a ninguna idea—, a ninguna asociación con otros sujetos, —a ningún yo y tú, y menos a la humanidad. Sólo a sí mismo. Si el anarquismo absoluto quiere un filósofo, un absoluto representante de la absoluta desintegración social humana, ya lo tiene. Con razón se ufana el pro-

pio Stirner diciendo que el radicalismo es alemán, y que solo el alemán sabe ser radical desesperadamente y sin miramientos,

Cuando llegó Nietzsche, que tanto influjo ejerció en muchos de la generación llamada del 98, los motivos del ateísmo y del anticristianismo estaban ya agotados. A la interpretación de Bauer hace seguir la suya del cristianismo como moral de los esclavos y moral del resentimiento, en oposición con la moral aristocrática de los señores y dominadores. Al egoísmo, un poco metafísico, abstracto y antihistórico de Stirner, añade el egoísmo biológico e histórico del superhombre y su voluntad de potencia.—El cristianismo, dice, tiene el error de haber introducido en el mundo el máximo de sentimiento de pecado y culpa, pero el pecado no tiene más existencia que la que le confiere la propia conciencia. El ateísmo debe restituir al hombre a una segunda inocencia más allá del bien y del mal. Zaratustra quiere sustituir la corona de espinas por otra de rosas. Y entonces anuncia un nuevo y más radical nihilismo europeo. «Nosotros, dice, no somos conservadores en nada—no queremos tornar a ningún pasado—no tenemos nada de liberales—no trabajamos siquiera por el progreso.—Dios ha muerto, esto es un factum. El anticristo, —la negación moral, la inversión de todos los valores son las consecuencias que aceptamos con toda honradez. Este es Nietzsche. Hitler lo reguló a Mussolini en su desgracia. Ello demuestra que en Alemania las teorías de sus filósofos no eran meras teorías, era la práctica. La filosofía de Hegel fué la filosofía oficial del Estado, y con arreglo a ella se crearon las universidades y otras instituciones. Las obras de Strauss, Feuerbach y Bauer estaban en manos de todos, se leían con avidez y despertaban enorme entusiasmo,

La síntesis de su contenido no es el olvido de los problemas religioso-cristianos, como en la concepción laica francesa. Es un terrible trabajo para la revisión teológica de lo que fué protestantismo religioso, hoy inexistente en las esferas intelectuales, aunque sobrevive en los medios populares y cultura media que aun le dan vida. El expediente laico de una ligereza y falta de comprensión que conduce a quien piensa a un estado de insatisfacción rayano con el desdén o desprecio, sino en una interpretación de Dios y del innegable hecho religioso. Fué la sustitución del iluminismo occidental por el iluminismo alemán,—o sea, por el inmanentismo idealista,—o más claro, un Dios fabricado por nosotros sea el todo, con Hegel, sea la masa, con Marx, sea el individuo,

con Stirner, y una religión de ese Dios, pero religión evolutiva, sin dogmas, sin moral, sin nada permanente.

De aquí la terrible irreligiosidad religiosa de aquellos hombres. Bauer era un asceta y un estoico. Nietzsche, cuya salvaje literatura acabamos de recordar, era un tiernísimo filántropo.

Los efectos de aquellas doctrinas no fueron inmediatos. Las doctrinas anticristianas contenidas en aquellas obras, tardaron un siglo en penetrar en el fondo de las mentes y de los espíritus hasta producir orientaciones prácticas en la generación actual. Débese ello a la lentitud con que obran las ideas que no son, como creen muchos, simples entidades lógicas modificables a voluntad, sino principios metalógicos, organizadores de la vida y que solo llegan a dominar cuando producen revoluciones complejas en la vida personal y en la vida de relación.—Lo cual debe persuadir a considerar más seriamente las elaboraciones filosóficas, que no son inocentes ejercicios abstractos, y hacer sentir la responsabilidad de profesarlas y difundirlas.—Quien sostiene una idea filosófica, debe asumir la responsabilidad de quien obra en consecuencia.

Y en efecto, aquellas ideas llegaron al periodo de realización. El proceso teórico de esta formidable corriente filosófica se materializó en Rusia. Recuérdese los nombres de los filósofos: Bakunine, Belinskij, Strachow. Allí adoptaron el hegelianismo sin transformarlo en lo más mínimo. Tras ellos surgieron los *realizadores*. Lenin no supo tomar de Marx sino su frase más banal: «la religión es el opio de los pueblos». Por lo demás perfeccionó la dialéctica de Hegel con el descubrimiento de que no se necesita hacer la síntesis de los contrarios para que se supriman. Fué la base de su táctica política partidista. La teoría de Feuerbach se tradujo en un desencadenamiento práctico de todos los instintos bestiales, hasta llegar a lo más íntimo de la familia, y en una vida como perpétuo carnaval, concepto cuyas oleadas más o menos atenuadas llegan hoy a todas partes y pugnan por invadirlo todo.

Si tal y tan profundo es el proceso de desintegración europea y de oposición entre los elementos desintegrados, y si por añadidura la filosofía que ha provocado este proceso continúa siendo dueña de las intcligencias, (no olvidemos que la filosofía alemana ha sido la única filosofía operante en el último siglo entre los filósofos llamados libres), donde encontrar un punto de convergencia, un núcleo gravitatorio capaz de establecer un *minimum* de uni-

dad indispensable para la creación de una convivencia que sea la base de la futura Europa?. Los hombres que se preocupan de estas magnas cuestiones, piensan en la única solución, en el bloque occidental. Pero al tratar de dar forma a esta idea, unos piensan en un bloque económico, otros propugnan un bloque industrial, otros aduanero, otros político. Pero todos saben que ninguno de estos bloques tiene consistencia interna, y que, si bien podrían subsistir mientras tuviese enfrente un enemigo, puesto que la división la lleva dentro, a favor de cualquier coyuntura estallaría el bloque con la violencia de las fuerzas represadas.

Hay que rendirse pues a una verdad que es histórica y es racional. No existe más núcleo sólido de convivencia y unidad que el expresado en estas palabras «Padre nuestro que estás en los cielos». Todo lo del mundo desune. Solo la convergencia de todas las miradas en el Padre de todos y de cada uno con igual derecho, es lo que puede provocar por reflexión un *mínimum* de hermandad entre los mortales. O unidad religiosa o dispersión.

D. Raimundo Suárez

